POR TUS HIJOS TE CONOCERÁN

Raquel Guerrero Rodríguez

PAX

ÍNDICE

Cómo leer este libro ..... **ix**

Prólogo ..... **xi**

Introducción ..... **xv**

Parte 1. Identificándonos **1**

Capítulo 1. El compromiso de ser padre 3

¿Cómo te imaginas como madre o padre? 3

Actitudes que impiden educar con amor 19

Padres violentos 47

Capítulo 2. ¿Qué nos impide ser buenos padres? 69

Las primeras expectativas 69

Los abuelos 81

Influencias sociales 86

La exigencia escolar 88

Parte 2. Sorteando riesgos **93**

Capítulo 3. Trampas para padres 95

Las trampas para padres más comunes 95

Parte 3. Planificando 159
Capítulo 4. Plan de acción 161
Inicia tu plan de acción 161
Capítulo 5. Tiempo de calidad 189
Aprender a educar con el ejemplo 189
Vive tiempo de calidad con tus hijos 184

Parte 4. Actuando positivamente 199
Los tres pilares de la dignidad humana 201
Capítulo 6. Aprobación 203
Capítulo 7. Respeto 215
Capítulo 8. Amor 223

Epílogo 255
Lecturas sugeridas 261

CAPÍTULO 1. EL COMPROMISO DE SER PADRE

¿Cómo te imaginas como madre o padre?

Es probable que en algún momento de tu vida alguien te haya preguntado ¿cómo te imaginas como madre o padre? Al intentar responder, por primera vez analizaste la posibilidad real de tener un hijo. De pronto, tus cualidades y defectos se perfilaron en tu mente, con la posibilidad de ser heredados a aquellos que ni siquiera habías concebido. Quizás aseguraste que no repetirías los errores que se cometieron contigo e intentarías ser el mejor padre posible. Lo que nunca estuvo en tus planes es que sería difícil.

Todos pasamos por lo mismo; al observar al niño berrinchudo de otra persona era fácil pensar "¡si fuera mi hijo!" Imaginamos mil técnicas distintas para corregirlo o educarlo. Creímos que seríamos justos y firmes. No se nos ocurrió pensar que ser padres es mucho más que corregir a un niño con pataletas o tener autoridad para que al primer aviso, recoja los juguetes tirados. Es frustrante reconocer que esas ideas de ser padres perfectos se nos van de las manos.

❖ Padre perfecto

¿Cómo es el padre perfecto? Es un hombre íntegro, trabajador y honesto, que siempre hace lo mejor para su familia, a la que cuida y defiende cada día. Exitoso en su trabajo, se levanta temprano por la mañana y coopera para que todos convivan felices desde las primeras horas. Despierta a sus hijos con amor y les ayuda a prepararse para la escuela. Equilibra su familia y su trabajo, dedicando tiempo para convivir con ellos, consciente de ser ejemplo a seguir. Es cariñoso con su esposa y sus hijos. Jamás levanta la voz ni hace comentarios despectivos, escucha con atención. Se mantiene firme en sus principios, está por encima de

actitudes machistas, para él lo importante es el amor y la tranquilidad de su familia. Su esposa y sus hijos lo aman, se sienten seguros ante su responsabilidad y compromiso. ¿Existe ese hombre? La realidad es que los padres tienen cada vez más clara la importancia de su papel en la vida de sus hijos. Sin embargo, pocos se adaptan alegremente a este compromiso. La mayoría trabaja gran parte del día y cuando vuelven a casa desean descansar. Consideran que los hijos requieren ser atendidos por la madre, así que se despreocupan. Solo hasta que la esposa menciona que sus hijos necesitan su compañía, empiezan a involucrarse, pero no pueden evitar sentir que esto es una actividad nueva y desconocida para la cual nunca estarán suficientemente preparados.

❖ Madre perfecta

¿Cuáles son las cualidades de una madre perfecta? Moderna, bondadosa y muy trabajadora, desde temprano levanta a sus hijos amorosamente y, mientras ellos se visten, prepara un rico desayuno que luego todos tomarán felices antes de partir a sus deberes. Su esposo la admira muchísimo por su capacidad de organización, pues deja la casa en perfectas condiciones, antes de llevar a los niños a la escuela y salir a trabajar. Una casa impecable, niños obedientes y felices, marido rendido a sus pies y un trabajo bien remunerado, que cada día le brinda más satisfacciones. Una vida de éxito rodea a esta mujer eficiente y organizada a quien todo le sale casi perfecto. ¿Será cierta tanta belleza? La realidad es que las madres mexicanas nos cansamos igual que todas las madres del mundo. Los niños se niegan a despertarse temprano y se enfadan si les damos para desayunar algo más que un licuado. Se quejan alegando no tener hambre y sí tener sueño. Lo de la casa impecable suena glorioso, pero si contamos el tiempo que requerimos para guisar un par de huevos con jamón, aunado al quehacer adicional, veríamos que es necesario levantarse al menos dos horas antes que los demás, para que la casa deslumbre. También se requiere ser la última en dormir, cuando los niños han cenado y alistado sus útiles escolares y uniformes para el día siguiente. Ocho largas horas de trabajo fuera de casa son suficientes para agotar a cualquiera, excepto a una madre que pretenda mantener un hogar de ensueño. La madre perfecta está lejos de la realidad. Pero las mujeres nos sentimos ineficientes y

malas si no somos así. ¿Por qué censurarnos tanto? Acabamos por enojarnos con nosotras mismas, nos sentimos inútiles y desorganizadas.

No hay padres perfectos. Es fundamental reconocer que somos seres humanos, que comen, respiran, trabajan y necesitan descansar. Nos exigimos como si pudiéramos hacerlo todo. No nos comprendemos, ni somos buenos con nosotros. Queremos hacer todo perfecto, por los altos estándares de eficiencia que nos fijamos y que la sociedad nos exige, mismos que pretendemos heredar a nuestros hijos. Necesitamos algo que nos ayude a ser mejores padres para ofrecer a nuestros hijos una calidad de vida superior pero ¿qué?

❖ ¿Qué esperas de ti como padre?

Responder qué esperas de ti como padre, no suele ser fácil y quizá se aleje a la forma como educas a tus hijos. Es momento de repasar los propósitos que te hiciste cuando supiste que serías madre o padre. Pregúntate dónde quedaron aquellas ideas de ser amoroso, comprensivo y atento a las necesidades de tus hijos. Este mundo vertiginoso nos arrastra hacia el camino superficial, haciendo de lado lo considerado como fortaleza y sostén del ser humano, el amor de familia. Este no puede generarse en ningún lugar mejor que en los cariñosos brazos de papá y mamá. El rostro de felicidad de los niños que son queridos no tiene comparación con otra imagen. ¿Recuerdas sus ojos hablando de amor, sus bracitos rodeando tu cuello y el beso que con fuerza dan a tus mejillas?, esos son premios de la vida.

Sin embargo, sembramos dolor cuando ignoramos sus necesidades y ponemos por encima las nuestras. Necesidades contaminadas por la vanidad, el deseo de competir y el despilfarro que se respiran en estos días. No hay tiempo para sentarse con los hijos a participar en un juego de mesa. No conversamos con ellos, no hay palabras; hay regaños. Dejamos los incidentes de la vida sin explicación. Con ello herimos sus frágiles corazones, perjudicando la sencillez de su alma. Deja de desperdiciar tiempo y esfuerzo y reflexiona:

- ¿Qué es lo que esperas de ti como padre?
- ¿Qué recuerdo deseas sembrar en tus hijos?

- ¿Estás conforme con lo que has hecho hasta hoy?
- ¿Eres de los que se excusan diciendo que nadie te enseñó a ser padre?
- Con franqueza, ¿cuántas veces te has quejado porque tuviste hijos antes de lo que pensabas y ellos "te obligaron" a cambiar tus planes en la vida?
- ¿Cuántas veces les has atribuido tu infelicidad e incapacidad de concretar tus metas?
- ¿Has sentido que por su causa el dinero no rinde y los problemas con tu cónyuge se han acentuado?
- ¿Eres de aquellos que se resisten a encargarte del cuidado y la educación de tus hijos?
- ¿Has evitado tu responsabilidad y la has dejado en manos de alguien más, incluso tu cónyuge?

Posiblemente no les brindes los principios e ideales que habrías esperado de ti como padre. Quizá pretendas que mejoren los tiempos y seas una persona más capaz. Deja de esperar y actúa, porque cuando menos lo pienses, tus hijos habrán crecido y no creerán en ti. ¿Cómo pueden ser causantes de nuestros errores? Si vinieron al mundo, es porque uno así lo decidió. Para tener un hijo se requiere la intervención de ambas partes y cada quien cooperó con la suya. Ahora ellos están aquí y es esencial conocer lo mejor de nosotros y proporcionárselos. No se requiere ser un superpadre, solo aprender a amarlos.

MEDITACIÓN

En un momento de tranquilidad y tomando tiempo para respirar profundamente, practica la siguiente meditación:

El amor es el camino más corto y natural para ser buen padre. No hace falta prepararse para el amor, está dentro de nosotros, es nuestra esencia. El problema es que no lo dejamos expresarse y fluir.

Cuando hablamos de la educación de nuestros hijos decimos: "quiero que estudie en escuelas privadas, que aprenda a tocar un instrumento, que destaque en deportes…" Pocos dicen "yo solo quiero darle amor y enseñarlo a amar". Pareciera que al decirlo descuidamos

CAPÍTULO 2. ¿QUÉ NOS IMPIDE SER BUENOS PADRES?

Conforme recorremos el camino de la paternidad, descubrimos que desperdiciamos esfuerzos debido a circunstancias que escapan de nuestro control. Nos esforzamos por dar lo mejor cada día, pero quisiéramos hacer más, sabemos que podemos hacerlo. Comprendamos que como individuos y habitantes de una sociedad, tenemos esquemas aprendidos que nos llevan a repetir muchas conductas, algunas de ellas de forma consciente, y otras que nos es imposible ver. Además, existen otros factores que influyen en nuestra educación a nuestros hijos. Los abuelos, amigos y familiares e incluso, el medio escolar, juegan un papel determinante en nosotros.

> Tener hijos no lo convierte a uno en padre, del mismo modo en que tener un piano no lo vuelve pianista.
>
> Michael Levine

Las primeras expectativas

Cuando recuerdo mis tres embarazos, me veo como una joven de escasos 20 años, ilusionada con la maravilla de tener un hijo. Reconozco que había mucho por aprender, el camino apenas empezaba. Los días se fueron rápido, a pesar de querer aprovechar cada momento; de pronto mis hijos habían crecido. Pareciera que la vida transcurre lentamente durante el embarazo y las futuras madres ansiamos ver a ese bebé, tenerlo en nuestros brazos, pero cuando nace, no imaginamos por dónde comenzar. Entonces, para conservar la calma, decidimos que tal vez lo mejor sería resolver las cosas al día, a medida que se presenten.

Estar esperando un hijo es hermoso. Recuerdo cuánto me ilusionaba durante el embarazo de cada uno de mis hijos: pensaba en su nombre, su forma de ser y en lo mucho que me esforzaría para ayudarle a lograr sus sueños. Imaginaba el color de sus ojos, su estatura, su carácter. Pedía que fuera sano, pero anhelaba muchas cosas más, solo que no podía confesarlas; hoy me atreveré.

Quería que fuera inteligente, guapo, de buen carácter, sociable, emprendedor y exitoso. Que avanzara en la vida hasta lograr cuanto se propusiera y, por supuesto, que me hiciera sentir orgullosa de ser su madre. Suena disparatado, pero sabes de qué hablo cuando te digo que casi lo imaginé como futuro presidente de la República. Bueno, quizá no hasta allá (¿y por qué no?), pero yo me esforzaría para que este hijo tan valioso se convirtiera en alguien importante y feliz.

Sabía que haría lo posible por darle una buena educación, trataría de no equivocarme; no haría lo mismo que otros padres, que perdían el control y sus hijos los dominaban. "Eso no va a pasarme a mí… yo sabré cómo." Sí, esos eran mis pensamientos, iguales a los de la mayoría de los padres. A lo largo de mi carrera profesional he tenido oportunidad de dar conferencias para cientos de padres de familia. Cuando les pido que levanten la mano aquellos que imaginaron que su hijo sería presidente de nuestro país, las risas nerviosas suelen estar presentes (y muchos la levantan). Todos, de una forma u otra, soñamos con un hijo admirable, justo como lo necesitamos para sentirnos los mejores padres del mundo; lo mejor que teníamos que hacer en la vida nos salió casi perfecto.

Luego llega nuestro hijo al mundo, se acaban las ilusiones y nos enfrentamos con la verdadera paternidad.

> Si las amigas preguntaban a Clarita cuánto había pesado su hijo al nacer, ella se sentía incómoda y avergonzada: mientras los hijos de ellas pesaron más de tres kilos, Danielito solo pesó 2.350 gramos. Clarita sentía una culpa inconfesable, como el bajo peso de su niño se debiera a una negligencia de su parte o a su poca habilidad como mujer. Era difícil hablar de lo que sentía, le dolía aceptar que el peso de su niño era motivo de controversia en su corazón. Como ella, algunas madres se avergüenzan cuando el "pequeñín" apenas alcanza los dos kilos y medio (peso mínimo indispensable para ser entregado de forma inme-

diata a su madre). O el tamaño, cuando el bebé no alcanza ni los 48 centímetros. Los padres, con voz avergonzada, lo justifican diciendo "es que nació muy pronto", "es que venía chiquito", "lo tuvieron que sacar". Aunque no lo mencionen, se sienten preocupados porque sus primeras ilusiones respecto a su hijo ya no son tan reales y seguras.

> Debido a que no eres igual a ningún otro ser humano, tú eres incomparable.
>
> Brenda Ueland

❖ Tu hijo no es perfecto

De forma imperceptible, desde el momento en que un hijo nace, los padres empezamos a corroborar que nuestros anhelos se han cumplido y nació como imaginamos: perfecto… o *casi*. Competimos en silencio con los padres que nos rodean, sean nuestros hermanos, cuñados, amigos, comparando a nuestros hijos (obviamente, el nuestro será siempre mejor). Hablamos orgullosos de sus más de 50 centímetros de estatura o sus casi cuatro kilos de peso. Quizás hayas escuchado a alguna madre afirmar "yo tuve hijos muy grandes, todos pesaron más de seis kilos". Cabe preguntarse qué pensará quien se expresa así. Hasta dónde ha llevado esa sed de vanagloriarse, cómo habrá forjado sus anhelos respecto a su hijo, de qué manera pensará realizarlos y cuánto exigirá para quedar satisfecho. En cuestión de requerir glorias a los hijos, parecemos pozos sin fondo. Recuerdo que hace poco, durante una charla un padre me preguntó: "pero… ¿y si mi hijo *sí* es perfecto?".

Conforme el niño crece, estamos cada vez más seguros de tener un hijo superdotado. No han faltado padres que llegan a mi consultorio manifestando su deseo de realizar "las pruebas necesarias" para corroborar la gran inteligencia que demuestra. La necesidad de trascender a través de los hijos puede ser tan ciega, que muchos padres no distinguen los problemas reales y solo hasta que alguien cercano se los hace ver, se percatan de ello. Si nos cuesta reconocer algunos errores, nos es aún más difícil aceptar que nos equivocamos con

nuestros hijos. La culpa por sentirnos "malos padres" duele. Por eso, a veces preferimos ignorar la realidad. No se trata de encontrar culpables, sino de comprender y asumir nuestra responsabilidad. A cientos de niños les urge que sus padres les ayuden siendo realistas, se dejen de indecisiones y los preparen para enfrentarse al futuro de la forma más valiente posible. Pero tememos ser censurados. Necesitamos impedir que trascienda que nuestros hijos pueden habernos "defraudado" en las expectativas que nos hicimos respecto a ellos. Nos asusta ser causantes de cuanto les pasa por no haberlos sabido amar y aceptar, habiendo preferido hacerlos víctimas de nuestros anhelos.

Sin apenas percibirlo, los padres nos adherimos a la imagen del hijo que soñamos y a nuestras expectativas de lo que puede lograr y en quién puede convertirse. Sin percibirlo, luchamos con ahínco para que se convierta en alguien distinto a quien es. Tal vez sea esta misma adhesión con la que quedamos vinculados para siempre a nuestro hijo. Una lucha en la que, suceda lo que suceda, se convierta en un hombre de provecho o no, le ayudaremos a llevar una vida mejor, pues siempre creeremos que tiene la suficiente capacidad para lograr "nuestros sueños". Queremos ver consumado lo que imaginamos mientras crecía en el vientre materno. Así evitaremos el peso de nuestra conciencia por negarle ser quien es en realidad, por evitarle expresar lo que pensaba y sentía. Por obligarle a creer que nosotros sabíamos mejor que él mismo lo que le convenía. Lo peor que podría pasarle a cualquier padre es comprender cuánto se equivocó presionándolo y acabó convirtiendo a su hijo en alguien que, a causa del desamor, tiene una vida triste que lo frustra constantemente.

MEDITACIÓN

Al convertimos en padres, no debemos sobrepasar los límites; seamos tan respetuosos con nuestros hijos, como con cualquier persona.

❖ Los niños tienen problemas

Desde el embarazo, los padres sabemos que nos conocerán a través de la imagen que nuestro hijo proyecte. ¿Recuerdas cómo idealizaste a tu hijo? Será difícil

CAPÍTULO 3. TRAMPAS PARA PADRES

> Educar a un hijo feliz es como escalar una gran cima que consiguen solo los que han aprendido a conquistarse a sí mismos.

Mientras nuestros hijos crecen enfrentamos diversas situaciones nuevas, que debemos identificar en cuanto suceden. Muchas serán positivas y ayudarán a mejorar nuestra forma de educar. Pero habrá otras a las que podemos darles un significado distinto al que parecen tener. En ocasiones una actitud pareciera una buena reacción, pero a la larga repercutirá en problemas de conducta en los hijos. Si no analizamos qué enseñamos a nuestros hijos con nuestras actitudes, podríamos reaccionar sin pensar demasiado en las consecuencias; con esto, solo lograríamos transmitirles ideas equivocadas acerca de lo que pretendemos enseñarles.

He denominado trampas a estas actitudes porque, sin quererlo, tanto padres como hijos podemos caer en ellas; después, será bastante complicado remediar el daño y modificar el rumbo.

Las trampas para padres más comunes

1. Falta de límites
2. Ansias de vivir
3. Chantajes
4. Mentiras
5. Presiones
6. Reemplazo del amor

7. Dolor y sufrimiento
8. Cheque en blanco
9. Incongruencia
10. Soledad

❖ Trampa número 1: Falta de límites

La vida moderna es confusa, los ideales educativos han modificado sus pautas. Los padres y madres viven deseosos de hacer lo correcto, pero preocupados por la responsabilidad que conlleva la paternidad. ¿Hasta dónde es bueno dejar a los hijos hacer su voluntad? Esta situación confunde también al hijo pues asocia la falta de límites con el desamor. Al no estar pendientes de las acciones de nuestro hijo, le comunicamos indiferencia, poco cariño y todos sabemos que "a quien amamos, lo cuidamos".

Queremos poner límites, pero si ignoramos las bases con las que vamos a educarlo, no distinguiremos esa fina línea entre lo que ayuda o no a ser feliz. Por lo mismo, lo que podría parecer indiferencia, a veces es indecisión y temor a equivocarnos. Empecemos por demostrar cuánto amamos a nuestro hijo, poniendo atención y consideración a sus actos. Son muchos los jóvenes y niños que con actitud desafiante y grosera demuestran el deseo de ser abrazados por sus padres, de sentir que les importan. ¿Por qué tenemos que esperar a llegar a ese grado? ¿Por qué un hijo tiene que hacerse daño para manifestar su necesidad de ser amado?

> Durante una plática para padres de adolescentes, una señora habló del cambio en la conducta de su hijo de 18 años. Quien antes era tranquilo y obediente, ahora es rebelde, ignora a sus padres y hace cuanto le viene en gana. Llega tarde o no llega a dormir. Tiene malas amistades, es grosero con su familia. En la escuela, los profesores se han quejado de su actitud, pero no parece importarle, ni tampoco estar reprobado en cinco materias. Prepotente, no permite que sus padres hablen con él. La señora comentó que se sentía rendida, agotada por no saber controlar a su hijo y agregó: "lo bueno es que no fuma ni toma, pero ya me resigné a dejarlo hacer lo que desee, porque no puedo hacer nada

con él". Le conté de una madre que conocí en una situación parecida. Estaba afligida por su hijo de 15 años, quien consumía drogas desde los 12 y robaba los objetos de su casa y a sus padres. No se le podía dejar solo porque aprovechaba para salir a cambiar lo robado por droga. Esa mujer también dijo "ya no puedo hacer nada por su hijo, me he rendido, no encuentro la forma de salvarlo, nada parece funcionar". Entonces le pregunté "¿hasta dónde vas a permitir que llegue tu hijo antes de ponerle límites?"

Algunas veces creemos que somos incapaces de instaurar límites que protejan a nuestros hijos. Al no ser congruentes, permitimos que actúen sin respeto hacia ellos y hacia los demás, y sin medir las consecuencias de sus actos. Nos convertimos en padres desidiosos, los dejamos hacer lo que deseen, mientras los culpamos: "es imposible hacer que me escuche, nunca hace lo que le pido". Desengáñate, aunque quieras responsabilizarlo, la educación de tu hijo te corresponde solo a ti. Si no supiste enseñarlo a cuidar su conducta, a hacerse responsable de sus actos y a tener confianza en ti ¿cómo vas a llamarle la atención el día que se accidente y mate a dos jóvenes que lo acompañen? Si tú le permitiste jugar con fuego, si le impediste aprender de las consecuencias de sus decisiones y no le mostraste límites ¿qué vas a reprocharle?

✓ Acciones de amor

- Para crecer emocionalmente sano, tu hijo necesita un ambiente donde adultos, jóvenes y niños nos comportemos dentro de límites claros y bien definidos, pero de forma amorosa y respetuosa.
- Habla con tu hijo de los límites dentro de los cuales riges tu propia conducta diaria.
- Enseña a tu familia a respetar las mismas reglas, por ejemplo: las groserías no están permitidas, ni siquiera entre hermanos. Tampoco los pleitos, golpes, ofensas, o tomar las cosas ajenas. Empieza por poner el ejemplo.
- No temas que tu hijo se enoje, tampoco que deje de amarte. Creer que el hijo puede pensar mal de nosotros es el principal impedimento para educarlo con límites.

- Ten confianza en ti, en tus principios, en lo que deseas enseñar a tu hijo. Luego, sé fuerte para transmitirlos. No permitas que un mal gesto o una queja de tu hijo te impresionen. Defiende lo que consideras justo y correcto, él te respetará por eso.
- Si desde la niñez aprende a vivir con límites, firmes y claros, crecerá respetándolos.
- Nada hay que debilite más tu palabra que el hecho de cambiar de idea con frecuencia. Si un día dices sí y al otro no, tu hijo algún día te va a faltar al respeto. Si dices no, hazlo con justicia y después de haberlo razonado, para que luego no dudes de ti. Una vez tomada la decisión, mantente firme.
- Si por alguna circunstancia especial cambias de opinión respecto a una decisión que tomaste, habla con claridad con tu hijo y explica tus razones.
- Dile también cuáles son las actitudes o acciones en él que motivaron ese cambio, siempre y cuando se hayan basado en una conducta correcta de su parte.
- No lo hagas ver como si lo premiaras, sino como un reconocimiento al esfuerzo que hace y que no pasa inadvertido para ti. Esto le hará ver que tu firmeza no está reñida con la flexibilidad. Eres un padre que busca lo mejor para su hijo y por eso reflexionas sobre tus decisiones y puedes incluso en un momento dado, cambiar de opinión si así se requiere para mejorar la educación de tu hijo.
- Sé muy serio con esto y no lo hagas con frecuencia. Esto inculcará respeto en tu relación con tu hijo.

MEDITACIÓN

¡Qué fácil es no poner límites a nuestros hijos y permitirles cualquier actitud, por errada que sea! Cuando no ponemos límites, demostramos lo poco que nos importa su vida, sus acciones, los lugares que frecuentan, los amigos que tienen.

La indiferencia demuestra desamor.

El padre debe afianzarse a sus principios, a su fortaleza y a su amor, para evitar ser débil y complaciente. Elena permitía a sus dos hijos, Mario y Miguel, tomar

CAPÍTULO 4. PLAN DE ACCIÓN

Inicia tu plan de acción

Desde ahora dirigiremos nuestros pasos para convertirnos en los mejores padres que podemos ser. Hasta ahora, nos hemos analizado para detectar errores, aceptarlos y corregirnos. Es necesario también establecer una dirección concreta hacia la cual llevar a los hijos. Algunos vislumbran un camino, pero son pocos los que pueden sostenerse y avanzar congruentemente por él; evitemos que eso pase. Para educar a los hijos no basta con intentar ser buen padre, es necesario tener principios y defenderlos. Así que nos centraremos en trazar un plan de acción, que prevea a futuro, con los siguientes 11 pasos. Lo haremos fundándonos en los principios que defendemos en nuestra vida, pero valorando y respetando también los principios de nuestro cónyuge.

MEDITACIÓN

> ¿Sabes en qué confía un niño, respecto a su padre o madre? En que esté seguro de que su amor hacia sus hijos lo guiará al educarlos, esto lo hace sentir protegido y amado.

❖ Paso 1. Hijos modernos: padres modernos

Cada persona es única, tiene su manera de pensar y, al convertirse en padre, tendrá fortalezas y puntos débiles, que mejor podríamos llamarlas áreas de oportunidad. Habrá cosas que pasará por alto en sus hijos y otras en las que será muy estricto. Cada quien se exigirá a sí mismo, esforzándose en enseñar solo lo mejor. Pero, aunque tememos mostrar nuestras debilidades, deberíamos